

AGENDA CIUDADANA LA VISITA Y SUS CONTRASTES

Una Normalidad sin Vitalidad. ¿Cómo describir el estado en que se encuentra la relación externa más importante para México, esa que mantiene con Estados Unidos? Normal pero sin vitalidad, mediocre. Por un lado, la agenda bilateral está llena de temas difíciles –la migración y el muro, la guerra contra las drogas, la negativa norteamericana a aceptar que camiones mexicanos de carga transiten por sus carreteras, etcétera- pero no hay una gran crisis o conflicto. Por otro lado, tampoco hay una gran comunidad de proyectos que despierten la imaginación y llenen de vigor y confianza la compleja articulación entre las dos sociedades vecinas. Grisura es la característica dominante.

Actitud. De acuerdo con el último estudio de opinión pública elaborado por el CIDE, el 61% de los mexicanos tienen una actitud de desconfianza frente a Estados Unidos y únicamente una minoría -el 25%- ha optado por asumir a la confianza como su actitud dominante frente a la comunidad vecina del norte, (México, las Américas y el mundo. Opinión pública y política exterior, 2008). Sin embargo, hoy esa histórica y muy explicable suspicacia mexicana frente al imperio no debe impedirnos, como ciudadanos conscientes de lo que actualmente se juega en el mundo, darle al presidente Barack Obama una auténtica bienvenida, pues actualmente él representa, como persona y como líder de su país, lo mejor de Estados Unidos. Si en este momento algún dirigente político al norte del Bravo ha merecido el beneficio de nuestra duda, ese es Obama, un individuo que a fuerza de voluntad, inteligencia y decencia, logró que una mayoría de sus conciudadanos optara por un proyecto de futuro del sistema internacional donde, a diferencia del pasado inmediato, se propone que la negociación y no a la imposición unilateral, sea la forma primordial que caracterice la relación de Washington con el resto del mundo.

La diferencia de intereses entre México y Estados Unidos es centenaria y estructural y no puede desaparecer como resultado de un mero cambio de partido y de personal en la dirección de cualquiera de los dos países o en ambos. Sin embargo, esa diferencia puede exacerbarse hasta llegar al choque abierto o manejarse de manera discreta y constructiva, dependiendo de los intereses que se defiendan, de la orientación e incluso de la personalidad de los responsables de la formulación y puesta en marcha de las políticas concretas. En la dura campaña electoral del año pasado en Estados Unidos, el debate en torno a la política exterior se centró en qué hacer con las empantanadas invasiones norteamericanas de Irak y Afganistán, pero no llegó a desarrollar a fondo la naturaleza del mandato del nuevo presidente en relación a la mayoría de los temas de la complicada agenda internacional norteamericana, donde ningún evento importante en cualquier parte puede serle ajeno.

El presidente Obama ha decidido concentrar su atención en los grandes temas internos –fundamentalmente como salir de la gran depresión económica y como reestructurar su sistema financiero para evitar que vuelva a repetirse la catástrofe- y tomar con cierta calma los asuntos de la agenda internacional. En torno a éstos últimos, sus colaboradores proponen concentrarse en estrategias de largo plazo. Y, desde esa

perspectiva, la relación de Washington con México es justamente de esas que requieren de algo más sustantivo que los tres años de la “Iniciativa Mérida”.

El país con el que Estados Unidos comparte una frontera de 3,152 kilómetros está en problemas muy serios porque, entre otras cosas, desde hace un cuarto de siglo no ha experimentado un crecimiento económico digno de tal nombre. La falta de dinamismo de la economía mexicana es una de las causas principales que explican que alrededor del 50% de los 12 millones de trabajadores indocumentados que existen en Estados Unidos, sean mexicanos. Finalmente, México es un proveedor importante del mercado ilegal de drogas de Estados Unidos, pero Estados Unidos es el principal, casi el único, surtidor de armas ilegales en México. Como resultado de esto último, el crimen organizado está fuera de control al sur del Río Bravo y en ciertos círculos norteamericanos se teme que México, con una estructura institucional muy débil, pueda terminar siendo un Estado fallido de más de cien millones de habitantes, con lo cual se convertiría en problema más serio para la seguridad norteamericana que Afganistán, Paquistán o Somalia.

Peculiaridad. La visita del presidente Obama a México tiene lugar en un contexto muy peculiar: a partir de la guerra fría, es decir de Harry S. Truman en adelante, todos los presidentes norteamericanos que se han entrevistado con su contraparte mexicana fueron portadores de un discurso más conservador en lo internacional que el del presidente mexicano en turno, y esta generalización incluye a Kennedy, Johnson o a Carter, que en temas de sus políticas internas, fueron relativamente progresistas.

Sin embargo, en esta ocasión el presidente norteamericano ha desarrollado un discurso interno y externo que, dentro del contexto norteamericano, lo sitúa en el centro-izquierda. Es verdad que Obama aún no cumple sus primeros cien días en el poder y que tiene un largo trecho por recorrer antes de que pueda imprimir un sello efectivo a su política. La dureza de la realidad que enfrenta dentro y fuera de sus fronteras, bien puede llevar a Obama a intentar contemporizar con sus adversarios republicanos –esos sí, mayoritariamente de derecha dura y pura- que ven, por ejemplo, en la posibilidad de una nacionalización temporal de los bancos fallidos por abusivos, el inicio del socialismo en su país. Como sea, hoy por hoy, y a semejanza de Franklin D. Roosevelt en los 1930, Obama representa las concepciones del mundo más avanzadas dentro de la clase política norteamericana: favorece una política impositiva redistributiva, un gasto público que, a la vez, cree empleo y modernice la infraestructura del país, exige la renuncia de los ejecutivos ineptos a sus cargos y a sus millonarias compensaciones en las empresas privadas que van a recibir ayuda del gobierno, propone un sistema de seguridad social que permita asegurar a todos los norteamericanos para no volver a dejar sin protección a los pobres –esto último indicador de la verdadera solidaridad nacional- y se propone rediseñar el sistema educativo público para dar a los jóvenes las herramientas intelectuales que les hagan competitivos en el mundo global.

En lo internacional, Obama busca salirse de Irak, encontrar la cuadratura al círculo en Afganistán negociando con los talibanes moderados, aflojar las sanciones contra Cuba, insistir en la creación del Estado palestino, explorar las posibilidades de negociar con Irán para disuadirle de ingresar al peligroso club de países con armas nucleares. En fin, Obama

propone volver a apostarle al multilateralismo como forma de hacer frente a los grandes problemas internacionales.

En Contraste. En esta ocasión, la visión estrecha, falta de imaginación, generosidad y carisma, corresponde a la parte mexicana. En el pasado, los presidentes mexicanos que se entrevistaban con los norteamericanos, aunque corruptos, autoritarios y a veces brutales, intentaron hacerse pasar por herederos de una gran revolución social, defensores a ultranza de la soberanía y del nacionalismo mexicano y representantes de los intereses del gran mundo conformado por los países explotados y humillados (“Carta de derechos y deberes de los estados”, “Cumbre norte-sur”, etcétera).

La reunión del 2009 de los jefes de Estado de México y Estados Unidos contrasta con los encuentros pasados y la comparación favorece a Obama en todos los sentidos. Tanto en el discurso como en la acción, Felipe Calderón -quien durante la campaña electoral norteamericana se entrevistó y mostró simpatía por el adversario de Obama- se encuentra a la derecha del presidente norteamericano. En materia de legitimidad democrática, la de Obama es incuestionable y la de Calderón no. Finalmente, hoy la personalidad del mandatario norteamericano y su mensaje opacan a los de casi cualquiera de sus contrapartes y México no es la excepción, quizá por ello no se planteó un encuentro de Obama con el público local, como ocurrió en Europa.

Como sea y al final de cuentas, Obama viene a dar apoyo al muy defectuoso sistema político mexicano y a su mediocre clase dirigente, porque la estabilidad de nuestro país es parte indispensable, insustituible, de la seguridad norteamericana pero tiene cimientos débiles. Y esa es la esencia de la visita actual: apoyo público de Obama a una estructura política, económica y social vecina en problemas serios.

RESUMEN: “OBAMA Y CALDERÓN SON UN ESTUDIO EN CONTRASTES, PERO SE NECESITAN MUTUAMENTE Y EL FUERTE VIENE A APOYAR AL VECINO QUE LE TOCO EN SUERTE”